

EVANGELIO DE ESTE DIA

Lucas 1, 26-38

Habiendo bajado Jesus del monte, le fue siguiendo una gran muchedumbre de gentes. En esto, viniendo á él un leproso, le adoraba diciendo: Señor, si tu quieres, puedes limpiarame. Y Jesus estendiendo la mano, lo tocó diciendo: Quiero; queda limpio, y el instante quedó curado. Y Jesus le dijo: mira que no lo digas á nadie: pero ve á presentarte al sacerdote, y ofrece el don que Dios ordena, para que sea testimonio de ti.

PLATICA XVI.

Jesucristo nació de una Virgen como estaba predicho por los profetas.

Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi. Ideoque et quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei.

El Espiritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, por cuya causa el fruto santo que de ti nacerá, será llamado Hijo de Dios.

(S. Lucas, cap. 1, v. 31.)

No en vano, cristianos, tiene tanto empeño nuestra Madre la santa Iglesia en que todos sus hijos tengamos noticia del misterio de la encarnación del Hijo de Dios. Él por si solo es bastante á estimular á los cristianos á amar de todo corazón, y con toda el alma á nuestro Redentor Jesus, y á encomendarnos á la vez á la proteccion poderosa de su inmaculada Madre la Virgen María. ¡Qué de maravillas! Qué de finezas de todo un Dios para con el hombre, encierra este venerando misterio! Imposible parece que se den hombres noticiosos de él, y no amen á Hijo y Madre santísimos. La ignorancia por una parte, y el mirar con indiferencia la salvación de sus almas, por otra, es á no dudar, la causa de la negra ingratitud que se observa en la generalidad de las gentes. Al decir esto, no creais que solo me refiero á los cristianos negligentes en saber esta parte de la doctrina cristiana, sino que mi estrañeza se estienda hasta mas allá. Sí: es inconcebible como hombres que hayan tenido conocimiento de los fundamentos en que nuestra fé descansa, no la hayan abrazado ciégame. Que dudaran hasta no saberlo, se concibe muy bien; pero que no lo crean estando, como están, tan patentes las pruebas de que el mismo Dios es quien ha revelado lo que la Santa Iglesia

nos enseña, esto es para mí un misterio, y como tal no le puedo explicar. Ya entenderéis, mis amados, que hablo de esos hombres vanos que hacen alarde de ridiculizar nuestras creencias religiosas, y que por desgracia forman prosélitos que como ellos degeneran de católicos en impíos. ¡Ah! Si tanta no fuera la ignorancia, si hubiera mas celo por conseguir la salvacion eterna, si se miraran las cosas como ellas son en sí, las mundanas y perecederas, como perecederas y mundanas, y las verdaderas y sólidas, como sólidas y verdaderas, no fuera fácil á los impíos, ó mejor dicho, no conseguiria el demonio nuestro mortal enemigo tantas victorias, haciendo inútil para muchos la sangre derramada de un Dios humanado. ¡Qué no tengan parte en nosotros, mis amados, sus arterias! ¡Que nos instruyamos mas y mas en las sanas doctrinas de nuestra Madre! Que nos ilumine el Señor para conocer y amar mas y mas sus finezas, y manifestarnos de un modo positivo agradecidos á sus favores. Para contribuir cuanto está de mi parte á la realizacion de estos deseos, voy á demostraros que Jesucristo nuestro Redentor nació de una Madre Virgen, segun estaba predicho por los profetas. Bien veis que el asunto es interesantísimo en sí mismo. Estad atentos.

Que Jesucristo naciera de una Madre Virgen está terminante en el Evangelio, y que Jesucristo habia de nacer de una Virgen estaba predicho por los profetas: los lugares en que uno y otro se halla consignado están sellados con el sello de la Divinidad. ¿Quién, pues, será el temerario que ose dudar de su certeza? Ninguno que sea humilde y como tal bueno; los que duden serán solo los soberbios, y como tales malos. Oid como nos refiere san Lucas el modo con que se efectuó la encarnacion del Hijo de Dios.

Estando ya Isabel en su sexto mes (1), envió Dios al ángel Gabriel á Nazaret, ciudad de Galilea, á una Virgen desposada con cierto varon de la casa de David, llamado José; y el nombre de la Virgen era María. Y habiendo entrado el ángel á donde ella estaba, la dijo: Dios te salve, ó llena de gracia; el Señor es contigo: bendita tú eres entre todas las mujeres. Al oír tales palabras la Virgen se turbó, y púsose á considerar qué significaría una tal salutacion. Mas el ángel la dijo: Oh María, no temas, porque has hallado gracia en los ojos del Señor: sábete que has de concebir en tu seno; y parirás un hijo, á quien pondrás por nombre Jesus. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin. Pero María

(1) S. Lucas, cap., v. XXVI y siguientes.

dijo al ángel: ¿Cómo ha de ser eso? pues yo no conozco, ni jamás conoceré varon alguno. El ángel en respuesta la dijo: el Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, ó fecundará: por cuya causa el fruto santo que de tí nacerá, será llamado Hijo de Dios. Y ahí tienes á tu parienta Isabel, que en su vejez ha concebido tambien un hijo; y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya el sexto mes de embarazo: porque para Dios nada es imposible. Entonces dijo María: Hé aquí la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra. Y en seguida el ángel, desapareciendo, se retiró de su presencia. » Hasta aquí San Lucas.

Mas despues de este diálogo entre Maria Santísima y el ángel san Gabriel, humillada y resignada la Virgen en la voluntad divina y adorando á la vez con toda la efusion de su tierno corazon á la magestad de Dios, el Espíritu Santo descendió sobre ella, y formó de la purísima sangre de esta vírgen incomparable un cuerpo perfectísimo, crió de la nada una alma perfectísima tambien, y en el mismo instante de ser criada descendió del cielo la segunda persona de la santísima Trinidad y se unió á este cuerpo y alma, quedando de este modo el Verbo divino hecho carne, ó lo que es lo mismo, unido el hijo de Dios á la naturaleza humana, sin perder por esto la naturaleza divina. Así es, que Jesucristo es Dios y hombre verdadero, y aunque con dos naturalezas, no hay en él mas que una sola persona que es la divina, porque la alma criada y el cuerpo formado no constituyeron persona humana por no haberse unido entre sí separadamente del Hijo de Dios, sino que en el mismo instante de unirse, se unió, como ya he dicho la segunda persona de la Trinidad Santísima, y por eso no pudieron resultar dos personas sino una sola, la divina. Por persona, en su riguroso sentido, hablando de las cosas criadas, se entiende un individuo de la especie humana: ninguno puede serlo sin constar de alma y cuerpo á un mismo tiempo, y como esto no se realizó antes que el Hijo de Dios se uniera á la alma y cuerpo santísimos, no pudo resultar persona humana. Mas claro. La persona humana consta de alma racional y cuerpo, y de tal modo es esencial la union de estas dos sustancias, que si esta falta, ya no hay persona. Supongamos que un alma racional existe sola, sin cuerpo; y que un cuerpo existe solo, sin alma; pues mientras que no se verifique que el alma se una al cuerpo, no habrá persona humana por la razon indicada, esto es, que es esencial la union de estas dos sustancias para que resulte persona, ó de otro modo, el término de esta union es lo que llamamos persona. Una prueba de esta verdad nos dá de continuo la esperiencia, y nosotros mismos serviremos de ejemplo para corroborar esta prueba. Hoy vivimos, cada

uno de nosotros es una persona, porque cada uno de nosotros consta de alma racional y cuerpo, y en este concepto cada uno de nosotros es un individuo de la especie humana. Mañana moriremos, es decir, nuestra alma se separará de nuestro cuerpo, que es en lo que consiste la muerte, pues ya cada uno de nosotros dejará de ser persona, porque como faltó la union de las dos sustancias que era en lo que estribaba el ser persona, no puede cada uno de nosotros ser, en este estado de muerte, individuo de la humana especie, así es que tan pronto como en un individuo se verifica la indicada separacion, decimos de él que murió ó dejó de existir, y á pesar de estar bien dicho, no es verdad en todo, sino en parte. Me explicaré mas para poder ser entendido de todos.

Digo que afirmar de uno que muere, que ha dejado de existir, está bien dicho en solo un sentido, esto es, en cuanto hace relacion á que su alma se ha separado del cuerpo; ya no es individuo de la especie humana, ni á su cuerpo se llama persona, sino cadáver, denotando con esta espresion que aquello que vemos es cuerpo de uno que mientras tuvo alma fué individuo de nuestra especie; pero que ya no lo es, por haberse separado la alma de aquel cuerpo que estamos viendo. Mas no es cierto que aquel cuerpo y aquella alma hayan dejado de existir. El cuerpo le vemos, luego existe: el alma es inmortal, luego existe tambien. Hay cuerpo y hay alma, y sin embargo ya no hay persona, ¿qué pues, falta para que la haya? La union de las dos sustancias. Pues, esta es la que no se dió entre aquella alma criada de la nada, por Dios y aquel cuerpo perfectísimo formado de la sangre de María por el Espíritu Santo, antecedentemente á la Encarnacion del Divino Verbo. Ni se crea por eso que hubo imperfeccion: todo lo contrario. Si por imposible se hubiera unido independientemente aquella alma al cuerpo antes que el Hijo de Dios se uniera á la naturaleza humana, hubieran resultado despues dos personas, una divina y otra humana, hubiera habido dos Cristos, digámoslo así, uno divino y otro humano; el divino nunca hubiera podido padecer porque Dios es impassible, hubiera padecido el humano, pero sus méritos nunca hubieran sido de un valor infinito, porque adquiridos por una criatura, por perfecta que fuera, no hubieran podido pasar de ser finitos y limitados, y por consiguiente nada á propósito para redimir al género humano y satisfacer completamente á un Dios ofendido; ni la virgen María seria en este caso madre de Dios, sino de un puro hombre, santo si se quiere, pero que no pasaba de ser hombre. En fin, véase la diferencia que hay de ser Dios á ser hombre y esa misma diferencia habria del divino Redentor que adoramos, á el que hubieramos tenido si en el mismo instante de irse á unir el alma y el cuerpo di-

chos, no se hubiera unido á ellos la segunda persona de la santísima Trinidad, evitando á aquella union aislada, y realizando esta sobrenatural, toda divina, en virtud de la que resultó una sola persona, la del Hijo del Eterno Padre, quedando así hecho hombre sin dejar de ser Dios. Hombre, porque consta de alma y cuerpo como nosotros, y Dios, porque lo es. Nunca fué hombre solo, porque nunca habian estado solas las dos sustancias, alma y cuerpo, formando persona humana. Fué Dios y hombre verdadero desde el momento mismo en que á estas dos sustancias se unió; todo lo que se verificó en el vientre virginal de María Santísima. Y hé aquí porque con verdad se dice que la santísima virgen es madre de Dios; y sí, lo es.

¿Qué prestan las demas madres á sus hijos, que María Santísima no prestara al suyo? ¿Les conciben en sus vientres? Pues en su vientre concibió la Virgen al suyo, no por obra de varon, sino por obra y gracia del Espíritu Santo. ¿Qué mas les dan, qué les comunican? ¿Su propia sustancia? Pues su propia sustancia prestó y comunicó María Santísima al suyo. ¿No fue de su sangre purísima de la que el Espíritu Santo formó el cuerpo de su hijo? Y concebido que fué, y luego que nació y mientras fué niño, no le alimentó con su sustancia propia? ¿y quién era su hijo? ¿Quién es el hijo de esta virgen sin igual? Jesucristo. ¿Y quién es Jesucristo? El hijo de Dios vivo que se hizo hombre por redimirnos. Luego María es Madre de este Hijo de Dios vivo hecho hombre: este Hijo de Dios es Dios; luego María es Madre de Dios. ¿Y cómo no, siéndolo de Jesucristo, que es Dios y hombre verdadero? Madre de Dios es la virgen María.

Que el Espíritu Santo formara de la purísima sangre de esta Señora un cuerpo perfectísimo. ¿Quién habrá que pueda ponerlo en duda? ¿Esta duda en qué se habia de fundar? ¿En que el Espíritu Santo no lo podría hacer? ¿Quién hay que así discurra? Maldito de Dios es quien así piense. El Espíritu Santo ¿no es Dios? Sí por cierto. ¿De qué formó Dios el cuerpo del primer hombre? del limo de la tierra. ¿De qué formó la tierra? De nada, porque no la formó, sino que la crió. Y el que de nada crió la tierra, y de la tierra formó el cuerpo del primer hombre; ¿no podría formar de la sangre purísima de la virgen María un cuerpo perfectísimo? No podría... ¿Pero qué hago? ¿Qué intento? A infieles no predico, los misterios de nuestra fé son inexplicables. Dispensadme, pues, mis amados que tanto me haya detenido en deciros lo que ya sabeis. No obstante, que tambien conozco que aunque todos estamos obligados á saberlo, no todos han tenido quien se lo explique, no para que se comprendan los misterios como en sí son, porque esto es imposible al hom-

bre mortal, no siendo por un favor especial de Dios que quisiera revelárselos, sino para que sin faltar al obsequio que la fé exige, y sometiénndonos siempre á lo que la santa Iglesia disponga, formemos alguna idea de estas maravillas del Señor. Que la Madre de Dios fuese virgen antes del parto, en el parto, y despues del parto es de fé, y la santa Iglesia siempre ha tenido por herejes á los que no lo han creído así. ¿Y cómo no los ha de tener por malditos oponiéndose como se oponen á lo revelado por Dios? ¿Cómo no han de ser tenidos por réprobos los soberbios que sin mas fundamento que el no poder comprender como esto sea, sin atender á lo limitado que es el hombre en materia de conocer, niegan virtualmente la omnipotencia de Dios y por consiguiente su existencia? Sí: niegan su existencia, porque sin omnipotencia no puede haber Dios. ¡Miserables! ¿De quién se trata? ¿No se trata de Dios? Sí: y lo que naturalmente sucede en el curso ordinario de las cosas ¿no podrá hacerlo Dios de un modo extraordinario? ¿Pues, quién fijó ó puso leyes á la naturaleza? ¿No fué Dios? Y quien las puso ¿no podrá dispensar en ellas? Quién que no sea tonto ó loco puede dudar de esto? Nadie por cierto. Pues, hé ahí descubierto el poder en virtud del que Jesucristo nació de una madre virgen. Si solo de hombres se tratara, habría que convenir desde luego que era imposible naturalmente hablando que una virgen concibiera y pariera sin perder su virginidad; pero se trató de lo que Dios puede. ¿Quién va á fijar límites á su poder? Se trata de lo que Dios hizo, y ha confirmado con milagros la verdad del hecho ¿quién es el temerario que lo quiere negar? Quien tal haga ¿qué merece? Las penas del infierno: pues estas son las que Dios tiene preparadas para los que no crean los misterios que el Señor por su misericordia nos ha revelado y la santa Iglesia nos enseña.

Oigamos sobre esto al señor de Mazo (1): Diez siglos corrieron desde que subió David al trono hasta que bajó de él su último descendiente. En este tiempo envió el Señor muchos profetas que anunciaron hasta las mas pequeñas circunstancias de la vida del Mesías, desde su bajada á la tierra hasta su vuelta á los cielos. El reino entero, por decirlo así, no fué otra cosa que una viva y continuada representacion de este hijo del Altísimo que habia de venir á salvar al Universo. Su Jerusalén, su templo, sus cultos, sus sacrificios... sus triunfos y sus derrotas, sus prosperidades y sus desgracias... todo representaba mas ó menos claramente al Hijo de Dios vestido de nuestra carne mortal... Cuando todo estuvo preparado para recibirle, cuando tuvieron su cumplimiento las

(1) Fol. 80.

profecías que señalaban el tiempo de su venida, cuando las semanas de Daniel iban á tocar su término *sin que ningún sábio de la ley dudara de esta verdad*, cuando el cetro de Judá habia pasado á un estraño, y ya no reinaba sobre la casa de Jacob un descendiente de David, en fin, cuando aquel pueblo, escogido y destinado para ser el teatro de los portentos de Dios, y preparar la venida de su Santísimo Hijo, hubo cumplido su mision y su destino, entonces, este hijo del Padre eterno bajó del seno de su eterno Padre; encarnó en las purísimas entrañas de la Santísima virgen, y sin dejar de ser Dios quedó hecho hombre ¡Portento nuevo! Prodigio inaudito! ¡Ecesos del amor de un Dios, que para redimir al siervo, entregó al Hijo!... Pero este Hijo del Altísimo, que habia encarnado en Nazaret, debia nacer en Belen segun estaba profetizado (1) y el edicto de un emperador proporcionó el cumplimiento de esta profecía *que dice*, Y tu ó Bethlehem, llamada Efrata, tú eres una ciudad pequeña respecto de las principales de Judá; pero de tí me vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los dias de la eternidad. Sí: nacerá en Belen, como hombre; pero ya existia *ab eterno*, como hijo de Dios, consustancial al eterno Padre que le engendró. Mandó César Augusto, *continua el señor Mazo* (2), que se empadronase todo el orbe, y los judios que estaban ya sujetos á su imperio, fueron á dar cada uno su nombre al pueblo de donde traia su origen. San José y la Santísima Virgen subieron de Nazaret á empadronarse en Belen. Ciudad de David, porque ambos descendian de esta familia real. Cuando emprendieron ya su viaje, se hallaba ya la Santísima Virgen cercana al parto. Despues de haber andado treinta leguas de camino, llegaron por fin á Belen, y las prendas mas amables del mundo tuvieron que recogerse en un establo, porque no habia cabida para ellos en el meson.

Hallándose en el establo, llegó el tiempo de dar á luz la Santísima Virgen su hijo primogénito, y el año cuatro mil de la creacion del mundo *poco mas ó menos*, y cuarenta del imperio de César Augusto, estando toda la tierra en aquel silencio y paz universal, anunciada tantos siglos antes (3); Jesucristo Dios eterno, é hijo de Dios eterno, á los nueve meses de haber encarnado en las purísimas entrañas de la Santísima Virgen, nació en cuanto hombre el veinticinco de diciembre, cuando la noche se hallaba en medio de su carrera. En aquella hora de eterna memoria, la purísima Virgen dió á luz á su santísimo Hijo, y como no padeció ninguna de aquellas debilidades á que están sujetas las demas madres, se ha-

(1) Mich. 5, 2.

(2) Fol. 83.

(3) Sap. 18, 14.

lló desde luego en estado de hacer por sí misma con su querido Hijo todos los oficios de la mas tierna y cariñosa Madre. Le tomó trasportada de gozo en sus brazos, imprimió en sus divinos pies, sus purísimos labios adorándole como á su Dios que era, besó con la mayor ternura su hermosísimo rostro reconociéndole por hijo suyo carísimo, le envolvió en los pobres pañales, que de antemano tenia preparados, esperando este momento suspirado por los justos de todos los siglos, le fomentó en su regazo, le aplicó á sus pechos virginales para sustentarlo con su leche al que sustentó al universo con su palabra, y no teniendo cuna en que reclinarle, le reclinó en un pesebre. ¿Puede darse mas pobreza? ¿Podian darse mayores pruebas de amor? ¿Habrá entre vosotros, mis amados, quien no tenga pesar de haber ofendido á tan amante Dios, y procuré de hoy mas, corresponder agradecido?

Digno de lastima fuera por cierto, quien tal propósito no quiera hacer. Ni penseis, cristianos, que porque se dice y es verdad, que el Espíritu Santo formara el cuerpo de Jesucristo, dejó por eso de intervenir en la encarnacion del Hijo de Dios toda la Trinidad: quien tal creyera ignoraria, en el mismo hecho, que no habiendo como no hay mas que un Dios, no puede menos de intervenir la Trinidad Santísima en todas las obras propias de Dios, y una de ellas es el misterio de la Encarnacion; solo que como hablando de la omnipotencia, nos referimos al Padre, y cuando tratamos de la sabiduria, nos referimos al Hijo; asi al tratar de las obras de amor, cual es esta, nos referimos al Espíritu Santo, pero no por esto excluimos al Hijo ni al Espíritu Santo de la omnipotencia, ni al Padre y al Espíritu Santo de la Sabiduria, ni al Padre y al Hijo de las obras de amor, porque siendo como es, una sola la naturaleza divina, donde está el Padre, está el Hijo, y está el Espíritu Santo, y lo que quiere el Padre, quiere tambien el Hijo y el Espíritu Santo, porque como Dios es uno, no hay mas que una sola voluntad divina, una sola omnipotencia, y una sola sabiduria infinita. Ni deduzcais de aqui que como encarnó el Hijo encarnaria tambien el Padre y el Espíritu Santo, esta deducción seria absurda é impía, y como tal reprobada por nuestra Santa Madre Iglesia, y por consiguiente, por Dios. La fé lo que nos exige es, que creamos que sola la segunda persona de la Trinidad Santísima se hizo hombre, y en solo el Hijo de Dios, se verificó la union de las dos naturalezas, y por esta razon firmemente creemos, que en Jesucristo hay dos entendimientos, dos voluntades y dos naturalezas, porque es Dios y hombre verdadero. Como Dios de nada necesitaba, y como hombre fué ungido con las gracias y dones del Espíritu Santo; y hé aqui porque se llama *Cristo*. a La

union, dice el Señor de Mazo (1), fué una señal de la primera distincion y significacion en el pueblo escogido, se ungia no solamente á los sacerdotes que habian de servir en el templo, sino tambien á los profetas que habian de anunciar á Jesucristo, y á los reyes que habian de gobernar aquel pueblo que sombreaba el pueblo de Jesucristo. En atencion á esta union sagrada, los sacerdotes, los profetas y los reyes eran llamados *ungidos del Señor*, y tenidos en gran veneracion y respeto. Jesucristo, representado por estos ungidos, reunió en sí de un modo eminente sus dignidades y su uncion. Fué el gran sacerdote, el gran profeta, el gran rey, el gran ungido. Los sacerdotes profetas y reyes eran ungidos con el aceite de olivas mezclado con diversos aromas y bálsamos. Jesucristo lo fué con el oleo de la divinidad (2) derramado sobre la dichosísima humanidad á que estaba unida, y con la plenitud de los dones del Espíritu Santo. Así que, este nombre *Cristo*, aplicado al Salvador del mundo, es un nombre divino, que unido al dulcísimo nombre *Jesus*, forma el gran nombre *Jesucristo*, conque le invocamos continuamente.

Tales son, cristianos, las señas que los hombres podemos dar del Hijo de la Virgen Maria; no podemos definirle como en sí es, solo sí podemos afirmar, apoyados en una fé toda divina, que es Dios y hombre verdadero, y que la Virgen Maria es madre de Dios, ó de otro modo, que la Virgen Maria es aquella Madre anunciada por los profetas tantos siglos antes; y su Hijo es el deseado de las gentes, aquel prometido al linage humano, á la raiz del primer pecado, y de quien se dijo por el que todo lo sabe y todo lo puede, que quebrantaria la cabeza á la serpiente infernal seductora de nuestros primeros padres y causa de nuestra desgracia. Si mis amados, Maria es la Virgen y Madre anunciada, y su Hijo, el Mesias prometido. Oid como á uno y otro anunciaron los Profetas, y notad á la vez como todo se cumplió en Jesus y Maria. David (3), con ocasion del reinado de su hijo Salomon describe de este modo el reino pacífico universal y eterno del Mesias. «Descenderá como la lluvia sobre el vellocino de lana (4), y como rocío copioso sobre la tierra. Florecerá en sus dias la justicia y la abundancia de paz hasta que deje de existir la luna. Dominará de un mar á otro, y desde el rio hasta el extremo del orbe de la tierra. Prostraránse á sus pies los ethiopes: y lamerán el suelo ante él sus enemigos. Los reyes de Thasis, y los de las islas le ofrecerán regalos: le

- (1) Fol. 70.
 (2) Heb. 1, 9.
 (3) Salmo 71.
 (4) Vu. VI y sigs.